

PECADO

1. La gravedad del pecado. 2. Efectos del pecado. 3. Pecado y misericordia de Dios.
4. Superación del pecado, gracia de Dios y lucha ascética.

La doctrina cristiana sobre el pecado presupone dos realidades antropológicas fundamentales: la falibilidad y la libertad. El hombre es un ser falible, que puede fallar y no alcanzar la meta; y que puede fallar no sólo por la limitación de sus fuerzas, sino porque, siendo dueño de sus actos, puede usar mal de su libertad. Pero, junto a esos dos presupuestos antropológicos, la doctrina sobre el pecado tiene un tercero, de carácter teológico: la cercanía amorosa de Dios, al que no le es indiferente el actuar humano. De ahí que san Josemaría pudiera hablar de quienes “cometen el gran pecado de olvidar el pecado” (*Carta 9-I-1959*, n. 19: AGP, serie A.3, 94-1-5), poniendo de manifiesto que ese olvido en lugar de afirmar al hombre, lo destruye. Es ésa también la razón por la que quienes son conscientes del amor divino experimentan la alegría de la fe y a la vez se reconocen llenos de miserias y pecados, como le ocurría al mismo san Josemaría, que se veía así “a la luz de esas gracias divinas que Dios, por su misericordia, suele otorgar a los santos” (AVP, I, p. 344). Reaccionaba con actitud de fe y por tanto con un esfuerzo renovado para realizar el bien.

1. La gravedad del pecado

San Josemaría no fue un predicador de tintes dramáticos, pero supo siempre poner de relieve la malicia del pecado, precisamente por su oposición al amor. En la raíz del pecado se encuentran el amor propio y la desconfianza en el amor de Dios (cfr. ECP, 95; F, 481). Por eso, aunque el pecado no siempre comporta un explícito odio a Dios, siempre implica un profundo desamor: es poner al Señor en estado de sospecha. Así se comprende la ofensa que entraña el pecado; una comprensión que

presupone la fe: “Debemos hacernos cargo, aun en lo humano, de que la magnitud de la ofensa se mide por la condición del ofendido, por su valor personal, por su dignidad social, por sus cualidades. Y el hombre ofende a Dios: la criatura reniega de su Creador” (ECP, 95). De ahí que la malicia del pecado y la deuda correspondiente sean en cierto sentido infinitas. San Josemaría lo mostraba haciendo referencia no sólo a la dignidad infinita de Dios, sino también a la magnitud de su castigo (el infierno) y sobre todo a la pasión y muerte de Jesús, que ofreció su vida como satisfacción justa por el pecado: “Por salvar al hombre, Señor, mueres en la Cruz; y, sin embargo, por un solo pecado mortal, condenas al hombre a una eternidad infeliz de tormentos...: ¡cuánto te ofende el pecado, y cuánto lo debo odiar!” (F, 1002); “Jesús, bajo el peso de la Cruz con todas las culpas de los hombres, muere por la fuerza y por la vileza de nuestros pecados” (ECP, 95).

Esto le hacía sentir un profundo dolor por el pecado en cuanto ofensa a Dios, como lo refleja, entre otros muchos hechos, su reacción en una ocasión. Se hablaba de la vida pecaminosa de una persona, uno de los que estaban presentes “exclamó: «¡Pobre hombre!». Nuestro Fundador replicó inmediatamente: «¡pobre Dios!». No era una falta de caridad hacia aquel pecador, sino una prueba de su amor de Dios, y de la fuerza con que aborrecía cualquier pecado, aun el más pequeño que se pueda pensar. «¡Pobre Dios!», porque era un Padre ofendido por uno de sus hijos. No hace falta decir que el Padre se puso a rezar inmediatamente por aquel pobrecillo” (DEL PORTILLO, 1993, p. 147). San Josemaría enseñaba que a Dios le “duelen” nuestros pecados, porque nos ama con locura (cfr. S, 139; F, 161, 1024); y quienes aman a Dios experimentan ese dolor por los pecados propios y ajenos: un verdadero “dolor de Amor” (C, 242, 246, 436; S, 142). El pecado es algo más que la transgresión de una norma: “no se reduce a una pequeña «falta de ortografía»: es crucificar, desgarrar a martillazos

las manos y los pies del Hijo de Dios, y hacerle saltar el corazón” (S, 993).

2. Efectos del pecado

El alejamiento de Dios, propio del pecado, conlleva otros efectos que el fundador del Opus Dei exponía en su predicación. El primero de ellos es la esclavitud del pecador y la oposición consigo mismo: quien peca “se ha hecho esclavo de aquello por lo que se ha decidido, y se ha decidido por lo peor, por la ausencia de Dios” (AD, 37; cfr. ECP, 178; F, 1024). El pecador se hace daño a sí mismo como hombre y como hijo de Dios, y, si reitera las acciones pecaminosas, lo hace en detrimento de su libertad, que queda disminuida, sometida a los malos hábitos.

Todo pecado comporta, además, una ruptura con la Iglesia, con los hombres y con la misma naturaleza. Por eso se puede hablar, en sentido análogo, de pecado social, que es una situación inicua, resultado de muchos pecados personales. Como consecuencia, la repulsa del pecado debe llevar a reparar el mal hecho a los demás y a enfrentarse, sin caer en la pasividad, con las estructuras injustas. Cada uno debe esforzarse por contrastar esas situaciones: “No me cansaré de repetir que el mundo es santificable; que a los cristianos nos toca especialmente esa tarea, purificándolo de las ocasiones de pecado con que los hombres lo afeamos” (ECP, 120). Es un deber que atañe a todos, pero con particular intensidad a quienes están constituidos en autoridad o tienen funciones de responsabilidad: “Se esconde una gran comodidad –y a veces una gran falta de responsabilidad– en quienes, constituidos en autoridad, huyen del dolor de corregir, con la excusa de evitar el sufrimiento a otros. Se ahorran quizá disgustos en esta vida..., pero ponen en juego la felicidad eterna –suya y de los otros– por sus omisiones, que son verdaderos pecados” (F, 577).

De hecho el pecado no es sólo un mal, sino el único mal en sentido absoluto. Es

mucho más dañino que el peor cataclismo del mundo físico: “No olvides, hijo, que para ti en la tierra sólo hay un mal, que habrás de temer, y evitar con la gracia divina: el pecado” (C, 386). De ahí la necesidad de “conducirse con la disposición clara, habitual y actual, de aversión al pecado. Recientemente, con sinceridad, hemos de sentir –en el corazón y en la cabeza– horror al pecado grave” (AD, 243). Aversión, pues, al pecado mortal, que aparta de Dios, pero también al pecado venial, que no es algo irrelevante o de poca importancia: “También ha de ser nuestra la actitud, hondamente arraigada, de abominar del pecado venial deliberado, de esas claudicaciones que no nos privan de la gracia divina, pero debilitan los cauces por los que nos llega” (*ibidem*). Ciertamente, la razón de pecado se encuentra plenamente sólo en el pecado mortal, que aleja de Dios. Pero también el venial supone una ofensa al Señor que debe evitarse, y que, si se tolera, conduce a la tibieza y al pecado mortal. Es ésta una recomendación que el fundador del Opus Dei repetía frecuentemente: “Ruega al Señor que te conceda toda la sensibilidad necesaria para darte cuenta de la maldad del pecado venial; para considerarlo como auténtico y radical enemigo de tu alma; y para evitarlo con la gracia de Dios” (F, 114; cfr. C, 327-329; S, 139). Entre otras cosas, porque la santidad, a la que todos estamos llamados, exige un serio empeño por excluir los pecados veniales: “¡Qué pena me das mientras no sientas dolor de tus pecados veniales! –Porque, hasta entonces, no habrás comenzado a tener verdadera vida interior” (C, 330).

3. Pecado y misericordia de Dios

Junto a la malicia y a las consecuencias del pecado, san Josemaría subrayó con fuerza la sobreabundante misericordia del Señor: “Por grandes que sean nuestras limitaciones, los hombres podemos mirar con confianza a los cielos y sentirnos llenos de alegría: Dios nos ama y nos libra

de nuestros pecados” (ECP, 128). Dios desea perdonar nuestras culpas con tal de que, arrepentidos, solicitemos su remisión: “No te asustes al notar el lastre del pobre cuerpo y de las humanas pasiones: sería tonto e ingenuamente pueril que te enterases ahora de que «eso» existe. Tu miseria no es obstáculo, sino acicate para que te unas más a Dios, para que le busques con constancia, porque Él nos purifica” (S, 134), porque su misericordia, su ternura y su clemencia “nunca se acaban” (AD, 215).

En los escritos del fundador del Opus Dei se recalca el *felix culpa* del Pregón Pascual: “Si tus errores te hacen más humilde, si te llevan a buscar con más fuerza el asidero de la mano divina, son camino de santidad: «felix culpa!» –¡bendita culpa!, canta la Iglesia” (F, 187; cfr. ECP, 65; S, 171). Y se anima a sacar del pecado un renovado afán de santidad: “Entierra con la penitencia, en el hoyo profundo que abra tu humildad, tus negligencias, ofensas y pecados. –Así entierra el labrador, al pie del árbol que los produjo, frutos podridos, ramillas secas y hojas caducas. –Y lo que era estéril, mejor, lo que era perjudicial, contribuye eficazmente a una nueva fecundidad. Aprende a sacar, de las caídas, impulso: de la muerte, vida” (C, 211). Veía en esas sucesivas conversiones un crecimiento de Cristo en nosotros, ya que el Señor “nos habla de nuestros pecados, de nuestros errores, de nuestra falta de generosidad: pero es para librarnos de ellos, para prometernos su Amistad y su Amor. La conciencia de nuestra filiación divina da alegría a nuestra conversión: nos dice que estamos volviendo hacia la casa del Padre” (ECP, 64). La filiación divina alimenta la confianza en la ayuda de Dios y la esperanza de vencer en la lucha ascética.

4. Superación del pecado, gracia de Dios y lucha ascética

En su predicación, san Josemaría insistió en que el pecado puede y debe superarse con la gracia del Señor, pues Cris-

to ha muerto a fin de librar a los hombres del pecado. Para lograrlo es preciso pedir la ayuda divina y ejercitarse en la lucha ascética. “Arrastramos en nosotros mismos –consecuencia de la naturaleza caída– un principio de oposición, de resistencia a la gracia: son las heridas del pecado de origen, enconadas por nuestros pecados personales. Por tanto, hemos de emprender esas ascensiones, esas tareas divinas y humanas –las de cada día–, que siempre desembocan en el Amor de Dios” (AD, 214). El saberse pecador no es, por ende, motivo de abatimiento ni de altanería, sino de arrepentimiento y conversión: para el cristiano, “el dolor ante el pecado no degenera nunca en un gesto amargo, desesperado o altanero, porque la compunción y el conocimiento de la humana flaqueza le encaminan a identificarse de nuevo con las ansias redentoras de Cristo” (ECP, 138).

Se pone así de relieve la “paradoja amable de la condición de cristiano: nuestra propia miseria es la que nos lleva a refugiarnos en Dios, a «endiosarnos», y con Él lo podemos todo” (F, 212). Sin olvidar que, en esta vida, aun la persona renovada por la gracia no está plenamente libre del *fomes peccati* y puede apartarse de Dios: “La experiencia del pecado no nos debe, pues, hacer dudar de nuestra misión. Ciertamente nuestros pecados pueden hacer difícil reconocer a Cristo. Por tanto, hemos de enfrentarnos con nuestras propias miserias personales, buscar la purificación. Pero sabiendo que Dios no nos ha prometido la victoria absoluta sobre el mal durante esta vida, sino que nos pide lucha” (ECP, 114). De hecho, san Josemaría recomendó con insistencia resistir las insidias del pecado con una actitud no superficial o de autopérdon, sino penitente, “con humildad, con corazón contrito, fiados en la asistencia divina, y dedicando nuestros mejores esfuerzos como si todo dependiera de uno mismo” (AD, 214).

Resulta así lógico que el principal remedio propuesto por el fundador del Opus

Dei para evitar y expiar los pecados sea la confianza en la asistencia divina, en la gracia, y que recalcara los canales a través de los que la gracia se recibe, poniendo de relieve especialmente:

- el Sacramento de la Penitencia: san Josemaría “hablaba mucho de la Confesión y la llamaba *el sacramento de la alegría*, porque asegura nuestro retorno a Dios: nos devuelve la amistad divina” (DEL PORTILLO, 1992, p. 144);
- la Eucaristía: “En la Santa Misa encontramos la oportunidad perfecta para expiar por nuestros pecados, y por los de todos los hombres (...). ¿Cómo? Uniéndonos en la Santa Misa a Cristo, Sacerdote y Víctima: siempre será Él quien cargue con el peso imponente de las infidelidades de las criaturas” (AIG, p. 79);
- la devoción a María Santísima: “La Madre de Dios, que buscó afanosamente a su hijo, perdido sin culpa de Ella, que experimentó la mayor alegría al encontrarle, nos ayudará a desandar lo andado, a rectificar lo que sea preciso cuando por nuestras ligerezas o pecados no acertemos a distinguir a Cristo. Alcanzaremos así la alegría de abrazarnos de nuevo a Él, para decirle que no lo perderemos más” (AD, 278; cfr. F, 161).

A la vez, presuponiendo la acción de la gracia, insistía en la necesidad del empeño personal. A este efecto recomendaba:

- considerar la gravedad del pecado, meditando la Pasión de Cristo: “Situados en el Calvario, donde Jesús ha muerto, la experiencia de nuestros personales pecados debe conducirnos al dolor: a una decisión más madura y más honda de no ofenderle de nuevo” (F, 402; cfr. VC, *passim*);
- examinar la propia conducta: “Mira tu conducta con detenimiento. Verás que estás lleno de errores, que te hacen daño a ti y quizá también a los que te

rodean (...). –Necesitas un buen examen de conciencia diario, que te lleve a propósitos concretos de mejora, porque sientas verdadero dolor de tus faltas, de tus omisiones y pecados” (F, 481);

- luchar contra las pasiones desordenadas: “Todos tus defectos, no combatidos, darán un lógico fruto constante de malas obras. Y tu voluntad –que no estará templada en una lucha perseverante– no te servirá de nada, cuando llegue una ocasión difícil” (S, 776);
- evitar las ocasiones: “Un querer sin querer es el tuyo, mientras no quites decididamente la ocasión. –No te quieras engañar diciéndome que eres débil. Eres... cobarde, que no es lo mismo” (C, 714);
- no dialogar con las tentaciones: “No dialogues con la tentación. Déjame que te lo repita: ten la valentía de huir; y la reciedumbre de no manosear tu debilidad, pensando hasta dónde podrías llegar. ¡Corta, sin concesiones!” (S, 137);
- hacer penitencia: “La vocación cristiana es vocación de sacrificio, de penitencia, de expiación. Hemos de reparar por nuestros pecados –en cuántas ocasiones habremos vuelto la cara, para no ver a Dios!– y por todos los pecados de los hombres” (ECP, 9);
- perseverar en la lucha: “Nuestra existencia en la tierra es tiempo de trabajo y de pelea, tiempo de purificación para saldar la deuda debida a la justicia divina, por nuestros pecados” (AD, 203).

Así, en el juego entre gracia divina y respuesta humana, el hombre supera el pecado y crece en santidad.

Voces relacionadas: Contrición; Penitencia, Virtud y sacramento de la; Tibieza.

Bibliografía: Gonzalo ARANDA PÉREZ, “Gen 1-3 en las homilias del Beato Josemaría Escrivá de

Balaguer”, *ScrTh*, 24 (1992), pp. 895-919; Even-
cio CÓFRECES - Ramón GARCÍA DE HARO, *Teología
Moral Fundamental*, Pamplona, EUNSA, 1998,
pp. 469-567; Javier ECHEVARRÍA, *Itinerarios de
vida cristiana*, Barcelona, Planeta, 2001; Cor-
nelio FABRO, “«Via Crucis»: La «contemporanei-
tà» del cristiano con Cristo”, *Cultura & Libri*, IX,
76 (1992), pp. 29-36, versión castellana en “*Via
Crucis: la «contemporaneidad» del cristiano
con Cristo*”, en Miguel Ángel GARRIDO GALLARDO
(coord.), *La obra literaria de Josemaría Escrivá*,
Pamplona, EUNSA, 2002, pp. 175-187; Ramón
GARCÍA DE HARO - Enrique COLOM, “Pecado”, en
GER, XVIII, pp. 125-129; Álvaro DEL PORTILLO, *Una
vida para Dios. Reflexiones en torno a la figura
de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer.
Discursos, Homilias y otros escritos*, Madrid,
Rialp, 1992; *Id.*, *Entrevista sobre el Fundador del
Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993.

Enrique COLOM

PENITENCIA, VIRTUD Y SACRAMENTO DE LA

1. La penitencia: consideración general.
2. El misterio del amor misericordioso de Dios.
3. La virtud de la penitencia.
4. El sacramento de la misericordia divina.
5. La celebración del sacramento de la Penitencia.

La fidelidad a la vocación cristiana no es tarea fácil, y el mismo Señor previno a sus discípulos de las dificultades que encontrarían para entrar en el reino de los cielos (cfr. Lc 13, 24). Lo que se opone a la santidad es el pecado, y ninguna criatura –a excepción de la Inmaculada Virgen María– se encuentra inmune a su poder: quien dice que no tiene pecado se engaña y la verdad no está en él (cfr. 1 Jn 1, 8). Por eso, junto a la llamada a la santidad, resuena continuamente en el mensaje cristiano la llamada a la conversión (cfr. Mt 4, 17; Mc 1, 15).

Así ocurre también en la predicación de san Josemaría. La convicción de la llamada universal a la perfección cristiana no le conducía a negar la realidad de la fragilidad humana. En su catequesis advierte que los hombres no deberíamos

de extrañarnos de tocar nuestras miserias, porque “arrastramos en nosotros mismos –consecuencia de la naturaleza caída– un principio de oposición, de resistencia a la gracia: son las heridas del pecado de origen, enconadas por nuestros pecados personales” (AD, 214). Por eso precisaba “machaconamente, de intento”, que la vida espiritual es “un continuo comenzar y recomenzar” (F, 384): “santo no es el que no cae, sino el que siempre se levanta, con humildad y con santa tozudez” (AD, 131).

1. La penitencia: consideración general

Con el nombre de *penitencia* la tradición cristiana se refiere a cada una de las múltiples facetas del papel de hijo pródigo que el cristiano debe realizar. Para la exposición de su vasto significado nos servimos de la siguiente descripción que el fundador del Opus Dei hace del camino de regreso del cristiano a la casa del Padre: “volver mediante la contrición, esa conversión del corazón que supone el deseo de cambiar, la decisión firme de mejorar nuestra vida, y que –por tanto– se manifiesta en obras de sacrificio y de entrega. Volver hacia la casa del Padre, por medio de ese sacramento del perdón en el que, al confesar nuestros pecados, nos revestimos de Cristo y nos hacemos así hermanos suyos, miembros de la familia de Dios” (ECP, 64).

En la primera parte de la cita se indica lo que comúnmente se denomina virtud de la penitencia, que denota el estado de permanente conversión hacia Dios, mediante el cual el cristiano arranca de su vida los trazos delineados por el pecado y progresa en la identificación con los rasgos de la vida de Cristo (cfr. VC, VI Estación; C, 212). En este contexto, conviene recordar que el uso tradicional del término penitencia aparece cargado de una rica polisemia. Por un lado, penitencia significa el cambio profundo del corazón del hombre, que comporta modificar la vida concreta en coherencia con el cambio del corazón; por otro lado, significa las obras específicas de sacrificio

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.